



Sueño con serpientes

Diana John Meletiche

dianajohnmeletiche94@gmail.com

(La Habana, Cuba)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Entonces fue como si te mirara por primera vez.

Finos rizo azabache caídos sobre tus orejas, ojos de la profundidad y el color del mismo mar, ropas finas, holgadas sobre las que se adivinaba un cuerpo delgado.

Y por supuesto la piel, tan pálida y delicada como porcelana fina.

Una sonrisa melancólica se dibujó sobre tus labios cereza.

Mi muchacho... ¿Qué te he hecho?

Y ya no quería dejarte ir.

Los pedazos de tu historia revivieron en mi memoria, era demasiado tarde para mirar atrás, el reloj corría, el destino estaba sellado y yo ya había hecho mi decisión hace ya mucho tiempo. Sin embargo, tengo tiempo para hablarte, aunque solo sea en mi mente, para verte a los ojos y contarte una última historia, todo aquello que nadie jamás sabrá para compartir mi cruz por cargar por el resto de los siglos.

Entonces, ¿por dónde comienzo?

Quizás por aquella tarde de enero hace cinco años, donde un estruendo resonó en los pasillos del internado, cuando Anya te trajo agarrado por la fuerza de la muñeca hasta que te tiraste al piso forcejeando, gritándole en un idioma bastante florido para un niño de doce años, las miles de maneras en las que tratarías de asesinarla si no te dejaba ir en ese mismo instante.

Tuve que bajar de mi despacho para poner orden y bajar de inmediato para calmar la tormenta que habías traído, pues temía que con tus gritos despectivos incitara a los demás niños a iniciar una revolución. Después de ponerte en tu lugar con el viejo arte de las palizas con tabla tus ojos estaban plagados de lágrimas reprimidas, sin embargo, con cada gota de vergüenza destilabas el amargo sabor del odio. Supe con una sola mirada que estabas destinado a ser un busca problemas.



Cuando Anya y yo conseguimos sedarte con pastillas para el sueño, ella me contó la historia. En aquel momento en que te vio tu nombre era Merlín, un huérfano que husmeaba en la basura de barrios altos en busca de chatarra para vender o sobras de los platos gigantescos, propiedad de un chatarrero al que Anya le pagó una cantidad exagerada por quedarse, pues supo con una sola mirada que tenía que traerte ante mí.

Al principio no entendí el porqué de la molestia, pero, ante la insistencia de Anya, te di la oportunidad. Cuando logré inspeccionarte en medio de tu inconsciencia anestesiada, miré de cerca, descubrí tus facciones detalladas en porcelana pálida, el cabello rizado azabache, los profundos ojos azules, que incluso con la mugre, el hedor y la grasa, capturaban esta cautivadora aura de belleza victoriana que rogaba ser pulida, amoldada, descubierta cual diamante en bruto.

Siempre me enorgullecí de mis dotes como criador y confeccionista, solía presumir de mis dotes en la alta sociedad, alardeando que no había un buen objetivo que pudiera escapárseme cuando tenía el ojo puesto en ello. Pero ¿acaso decía la verdad? Estaba alcanzando los sesenta, y aunque me había duchado en el reconocimiento de la gloria durante los últimos años, jamás sentí mi corazón arder sobre un reto conquistado.

Mi mente fantaseó viendo la imagen de un muchacho tan bello comportándose con la propiedad de un noble, saludando con todos los modales a las grandes esferas, encantando a la sociedad con una sola mirada, hablando con perfume en su aliento. Sin embargo, me topaba de frente con una tormenta, reconocía a un buscapleitos cuando veía uno, no sería fácil de romper para construir de nuevo.

Pero ¿Acaso no era eso lo que estaba buscando... un reto?

Ahora, la mirada perdida de un niño sedado reflejaba de vuelta mi rostro anciano, expectante, perdido, esperando una respuesta.

Sentado con los ojos sobre ti, tomé la decisión de hacer de este el pináculo de mi carrera, la más bella prueba final de mis talentos.

El regocijo de mi nueva meta murió en cuanto abriste los ojos.

Tenía razón, Alec, eras un tifón andante. Atormentabas a las mucamas del internado, provocabas pleitos entre los muchachos; les jalabas las faldas a las niñas y les arrebatabas sus muñecas. No tardé en darme cuenta de que esto no resultaría si me confiaba de mis habilidades. Si quería ganar el reto de mi vida, tendría que poner el empeño de mi vida.



Te separé del resto de los niños y tomé el paso más arriesgado que alguien con mi profesión podría tomar: lo instalé en mi propia casa.

Comencé con las pruebas más difíciles, solo para calmarte los ánimos de convertir mi hogar en un desastre. Te puse a cargar los libros más pesados de mi biblioteca sobre tu cabeza, con la espina tan recta que solo de verte echaba los hombros hacia atrás con la ilusión del peso arriba de mí. Te hice leer hasta que pudieras recitarme los versos de la poesía más exquisita sin trabar la lengua, te dejé al cuidado de la más refinada bailarina para que te diera lecciones de dos horas al día.

El agotamiento en el que te dejé los primeros meses me tiñó el paladar del dulce sabor de la esperanza. Creyendo haber domado tu rebeldía, me confié en dejarte sólo encargado de la servidumbre para ir a unos mandados. Ese mismo día regresé para encontrarme la atroz pintura de una palabrota sobre las paredes de mi alcoba.

Desquité toda mi frustración sobre ti. Te golpeé con el bastón sin piedad, sin pensarlo un segundo, sintiendo mis esperanzas desvanecerse sobre mis dedos, la gloria escapar con cada golpe que te asestaba en el cuerpo.

Te quebré dos costillas.

Lo noté cuando el susurro de un crujido hizo que después de aguantar todos los golpes con la cara desafiante, firme; me suplicaras entre lágrimas que me detuviera.

De vuelta en mi cuerpo, me horroricé de la mirada profunda de pánico que me reflejó sobre tus ojos enormes. Llamé a gritos a la mucama pidiendo que me ayudara a traer al médico del pueblo.

Pasaste dos semanas en cama. Te negaste a verme.

Aunque, ni podías ordenarles a las mucamas que no me dejaran pasar, ni tenías las fuerzas como para levantarte a cerrar la puerta; las pocas veces que junté el valor para visitarte, te negabas a levantar tu mirada del piso o pronunciar una sola palabra que se saliera del esquema estricto del “sí” y el “no”.

Mi frustración llegaba a su punto de ebullición. Repasé todos y cada uno de los métodos ancianos del manual, examiné a profundidad las memorias de los niños que vinieron antes de él, el millón de caras que crie, todas sus andanzas, errores y enojos. Pero no pude encontrar ni un atisbo tu ímpetu indomable en alguno de ellos.



La desesperación me llevó a rebuscar aún más hondo que en mis propios recuerdos, directo hacia la materia gris de mi cerebro.

Fue entonces que caí en cuenta de que nunca te conocí verdaderamente.

¿En qué piensas, muchacho? ¿Quién eres? ¿Quién fuiste?

El impacto de chocar con las preguntas me arrebató el sueño. Fui enviado directo a un estado de inquietud, en el que mi cerebro no conseguía más que rebotar de nuevo al misterio, toparme de frente con tus ojos azules, con un relato incompleto del que solo encontraba el atisbo de una historia fragmentada.

Nadie podía conocerte a profundidad. Anya solo compartió los detalles que supo al instante. Merlín, hijo de padres sin rostro que lo regalaron a un chatarrero para pagar sus deudas, descendencia de la calle, hambre perpetua pesando en el estómago, melancolía sobre tus hombros.

La falta de piezas me forzó a buscar respuestas, entre los espacios recónditos de mi mente, traté de invocar la reflexión que necesitaba para ver a través de tu mirada. ¿Qué sería yo? ¿Qué sería yo si todo lo que alguna vez hubiera conocido me fuera arrebatado? ¿Si un montón de extraños me arrancaran todos los pedazos que alguna vez me pertenecieron, para reemplazarlos con unos alienígenas, unos falsos, las reglas estrictas de una tierra extranjera? Entre más reproducía las escenas, más me convertía en ti; más desolado, desesperado e impotente me sentía. Los sentimientos se entrelazaron en mi cuerpo recostado, obligándome a dar vueltas sobre mi cama hasta la llegada de las náuseas.

Cuando tuve que levantarme para lavarme la cara tratando de apartarme de ti, me di cuenta de que ya no podía volver a mí mismo. No como antes, no como aquella figura lejana e impasible que fui. No. Había llegado muy lejos, no podía dar marcha atrás. Necesitaba el triunfo, pero no podría obtenerlo como creí.

En un solo impulso acalorado, abandoné la habitación; caminé a tientas por la oscuridad de mi mansión hasta dar con el cuarto donde te dejé. No llamé a la puerta. Cuando entré con la fuerza de los vientos de octubre, me hallé con tu imagen insomne, viéndome de vuelta a través de la oscuridad con aquellos ojos.

Por la forma en la que tu cuerpo entero se contrajo tras las sábanas, adiviné que te preparabas para un segundo ataque de ira. Sentí una punzada terrible de culpa. Traté de calmar tus músculos tensos con un ademán gentil desde donde me encontraba. Sin embargo, sabiendo que no sería suficiente, dejé que las palabras que me carcomían inundaran el aire.



No sabía cómo comenzar, pero de alguna manera conseguí hilar un inicio. Te conté palabra por palabra, detalle a detalle, todo lo que había hecho, porque estaba aquí, porque te apartamos. Te conté de los niños que vinieron antes que tú, cómo todos contaban una historia parecida a la tuya, abandonos, miseria, hambre. Te hablé de cómo al principio los traía yo mismo al internado, pero luego los trajo Anya. Describí cómo, al inicio, el internado no era tan grande, y las lecciones eran más cortas, pues los mismos niños tenían que barrer los pisos. Narré cómo fueron aprendiendo todos los modales de la alta sociedad, tal y como yo aprendí cuando solo era un muchacho. La disciplina, los llantos, la práctica, los ensayos y las repeticiones; todos ellos fueron los acompañantes de mis jóvenes pupilos; rondaban por los pasillos, comían en nuestra mesa, dormían con los alumnos. ¿Y todo para qué? ¿Por qué tomarse la molestia de soportar a tantos niños? ¿Para qué el esfuerzo? ¿A qué costo? ¿Con qué fin?

Fue entonces que pude mirarte directo a los ojos, hablarte por primera vez en lugar de contarte una historia. Te dije que los niños aquí se iban cuando cumplían la edad adecuada. Sería cuando armaban sus maletas y partirían en el carruaje que les tenía preparado desde el patio trasero.

“Las grandes casas de Europa, las familias de Du Pont, Évreux, Cleveland, Stuart, todos acuden a mí.” Dije. “Tienen un secreto, Alec, un secreto que yo les puedo ayudar a mantener. Puedo darles hijos a las familias que no pueden tenerlos, puedo reemplazar al único heredero muerto por uno con los mismos modales, la misma educación. Puedo otorgarles damas de compañía, primos lejanos, amantes, prometidos y yernos.”

El impacto sobre tu rostro me obligó a terminar el relato.

“Yo los entreno, les doy un hogar, les digo los escenarios; les presento a las familias mucho antes de que estas acudan a mí.” La seriedad cubrió mi faz cuando lo miré a los ojos. “Es una vida actoral, una vida de engaño sosteniendo la obra más peligrosa, soportando el escrutinio más minucioso de todo aquel que no pertenece a la esfera. Es duro, pero es mejor que hurgar en despojos para pasarse el hambre.”

Tenía la historia, el propósito, la propuesta, tan solo esperaba el desenlace. Y creo que tú, lo sabías.

No pudiste más que devolverme la mirada, con tus ojos más profundos que nunca, tu mente perdida en el pensamiento. Apartaste el rostro y observaste la pared, desorientado, confundido. Quería que preguntaras algo, que me reclamaras, que dijeras lo que fuera. Pero no sucedió.

Agregué lo último que saldría de mi boca, un último esfuerzo.



“Estoy viejo, Alec. No tengo mucho más que hacer en este mundo. Tenía la esperanza de que pudieras ser mi último trabajo, el último soplo, mi obra maestra. Mas no tengo el derecho de decidir, lo entiendo ahora. Solo tú puedes decir qué sucederá de ahora en adelante. No te condenaré a una vida de engaño, no si no hacemos esto juntos, como un equipo.”

Tus ojos rebotaron de la pared al techo, se perdieron en las grietas mientras tu rostro parecía envejecer entre más pasaban los segundos.

Entonces, respondiste.

“¿Una vida de engaño a cambio de seguridad, de una casa, de lujos?”

Dirigiste tu mirada hacia mí. Solo pude asentir con la cabeza.

Una sonrisa se dibujó en tu rostro.

“Sólo con usted, Monsieur. Sólo si estará conmigo cuando haga alguna mierda estúpida.”

De cierta forma, fueron justo aquellas palabras lo que nos trajo aquí.

Fueron cinco años de entrenamiento. Cinco años en los que la disciplina, los llantos, la práctica, los ensayos, las repeticiones, se sentaron en nuestra mesa, durmieron en nuestras camas y caminaron nuestros pasillos.

A los catorce, podías dominar los modales culinarios a la perfección, mantener el hilo de una conversación casual tanto de vinos como de literatura. A los quince eras un bailarín grácil con la postura casi perfecta, con el paladar entrenado, con el cabello calmado de flequillo rebelde que te dio una apariencia más juvenil. A los dieciséis pude regresarte al internado para que practicaras las charlas y los buenos deportes con los alumnos mayores, que estaban por retirarse. A los diecisiete, podías conversar en coqueterías con las muchachitas, ejercer política teórica, recitar prosa memorizada, discutir con los muchachos más arrogantes sin perder el temperamento.

Cada logro, cada momento de gloria en el que dabas un paso más hacia la perfección; miraste en mi dirección. Con una amplia sonrisa me preguntabas un simple: “¿Qué tal, Monsieur?”. A la espera, con paciencia, con la promesa de una vida entera por delante, conmigo como tu aliado, como tu eterno maestro. Jamás estuve más orgulloso.

Jamás me sentí tan culpable.

Quizás fue mi orgullo lo que nos llevó a este preciso momento en el tiempo, este en el que te veo, este en el que te dejo ir más pronto de lo que debería.



Te presenté a la sociedad con un grito en el aire, en la gala más lujosa a la que tendría acceso en todo el año. Ya ni siquiera puedo recordar qué se celebraba con un nivel tan grande de elegancia, tal vez una boda entre familias, ya no recuerdo. Sin embargo, sí recuerdo la preparación, el alboroto que se hizo cuando anuncié la llegada de mi invitación, la envidia de los ojos posados en ti cuando dije que serías el único con el honor de acompañarme. Nada pudo arrebatarme del regocijo de notar el brillo de tu mirada cómplice reflejándome de vuelta, el trato silencioso que creamos. Supimos entonces que era este nuestro momento, no habría una mejor oportunidad que esta.

Nos preparamos con una antelación abrumadora, nos tomamos días enteros perfeccionando los saludos, los manierismos, imaginando todos los escenarios que se nos ocurrieran para preparar respuestas. Cada prueba, cada pregunta necesaria fue repasada con la mayor atención al detalle. La servidumbre entera se dio a la tarea de actuar como los nobles para prepararte. Cuando el día llegó nos acicalamos como reyes, en las ropas más finas, con los caballos limpios y la carroza reluciente, partimos hacia la gala.

Jamás olvidaré tu rostro iluminado por las miles de luces, tus ojos inmensos abiertos como los de un niño. Desprendiéndote de todo protocolo que tendría que seguir en la noche, me miraste, con la sonrisa más sincera pronunciaste una sola frase:

“¿Qué tal, Monsieur?”

Una punzada de remordimiento recorrió mi cuerpo en un escalofrío. Mi mirada se tornó vidriosa.

Pero ya tendría tiempo para preocuparme de esto después.

O al menos, eso pensé.

Sí, la gala fue un éxito. Cada muchacha que pudiera sonrojarse, lo hizo; cualquier caballero que quisiera discutir, quedó complacido ante tu charla amena, con tu fabulosa habilidad para escuchar y hacerlos sentirse escuchados. Fueron los mejores modales, el rostro más bello que se robó la noche.

Las madames, los monsieurs, se acercaron para elogiar mi trabajo. Yo les agradecía con una sonrisa entrenada, tomaba el cumplido, me bañaba en la victoria haciendo que mi mirada revoloteara hasta ti a ratos, solo para recordarme que este era un trabajo de dos, que esto era más nuestro triunfo que el mío.

Entonces, los grandes señores levantaban tu mano, me hacían un ademán corto para acercarme y, hablándome al oído, formulaban la pregunta.

“¿Cuál es el precio, Monsieur?”



Era en aquellos momentos, que regresaba a la realidad.

Bloqueé la pregunta con la mayor delicadeza posible. *“No, todavía no estaba en venta”. “Sí, estaba esperando a que estuviera en su punto”. “No, no planeaba cotizar un precio hasta la siguiente primavera”.*

Conseguí apartar a la mayoría. Evitar las invitaciones a cenar en privado, a discutir la situación más a fondo; las ofertas de abonos y de dinero de apartado, todos rechazados a pesar de la insistencia.

Creí que lograría pasar la noche, creí que mi orgullo aguantaría, por el bien de ambos, para verme reflejado nuevamente en tus enormes ojos azules.

El estruendo de la puerta, el jadeo sorprendido de la multitud, fueron la última campana que completó la alarma.

“Abran paso a su majestad.”

El resto fue inevitable.

La velada pasa en destellos dentro de mi memoria. La sensación de la fiesta, el muchacho al que querían presentar, el simpático Alec. La reina con su mano besada entre tus labios finos, la risa cristalina desatada por tus chistes, el asiento principal desde el que me viste con una sonrisa, su majestad preguntando por el *tutor*, el cuarto privado, la oferta que no podía rechazar. Mi orgullo, siempre mi estúpido orgullo. El *“sí”*. El contrato. La frase.

“Quizás me hubiera resistido; pero la piel...”

Una sonrisa.

“Tiene una hermosa piel de porcelana.”

Y ahora han pasado los meses. Ahora te he repetido la misma mentira hasta que mi corazón duela. Ahora te he preparado, ahora te he dado de comer los mejores manjares, ahora he mandado que cuiden tu piel de porcelana.

Ahora estamos aquí, justo aquí, donde tengo la historia, el propósito, la propuesta, tan solo esperando el desenlace.

Y aún no lo sabes.

Mi muchacho... ¿Qué te he hecho?

Ahora tomamos el mismo carruaje de aquella noche, ahora te despiden con gritos alegres los niños del internado; te ruegan que escribas de vuelta, solo yo sé que jamás sabrán de ti de nuevo. Ahora me topo con



el rostro de Anya quebrado en millones de trozos, quien se despidió de ti con un beso en la mejilla, y lloró en tu hombro sabiendo que me rogó cada día que no lo llevara con ellos. Ahora me aguanto el dolor de la garganta y la boca seca mientras tú estás brillando de la emoción; con tus maletas detrás de nosotros, sabiendo que terminarán detrás de un armario sin dueño para siempre. Ahora te oigo reír mientras partimos, me cuentas todo lo que piensas hacer en cuanto pises la mansión, las técnicas que piensas usar y, por un momento, utilizas las mismas frases con las que yo te enseñé a hablar. Ahora suelto una lágrima. Ahora tú lo notas y pones una mano en mi hombro, pidiéndome que no te extrañe recordándome aquella promesa.

“¿Estamos juntos en esto, no Monsieur?”

Ahora llegamos al palacio. Ahora el conductor baja y fuma una pipa. Ahora el mayordomo nos avisa que la señora yace dentro, que no puede esperar a ver al famoso Alec. Ahora le preguntas si debes bajar las maletas, el mayordomo responde que será mejor que alguien venga por ellas. Sé que miente.

Ahora esperamos. Ahora avisan la llegada de la gran señora. Ahora te besa la mano. Ahora pide hablar contigo en privado. Ahora ella me dirige un guiño imperceptible. Yo trago saliva.

Ahora ella te conduce por el pasillo, te presenta lentamente a sus compañeros, a la nobleza distinguida de amigos y conocidos que saludas con una reverencia perfecta.

Ahora se pierden en el pasillo.

Ahora los sirvientes cierran las puertas y el mayordomo me conduce a una oficina.

Ahora con una sonrisa cínica me extiende el sobre y cuenta el dinero.

Ahora siento náuseas mientras recojo el paquete.

Ahora salgo por el pasillo, pero no puedo seguir, me detengo.

Ahora escucho un murmullo lejano, apenas un inicio.

Ahora el murmullo es un llanto.

Ahora el llanto es un aullido. Un aullido de dolor.

Ahora súplicas. Ahora golpes. Ahora un ahogo. Ahora gritos, solo gritos que no se detienen, gritos desgarradores, gritos de un animal cercenado.

Llantos.

Llantos que repiten un nombre.



Mi nombre.

Lamentos, clamores, griteríos que se esparcen en electricidad por cada una de mis venas. Un estruendo que retumba en mis huesos, que golpea como cañón contra mi cráneo. Un lamento del inframundo, uno que solo podrían escuchar los condenados como yo.

Ahora lloro. Lloro como el pobre infeliz que se vio reflejado alguna vez en unos ojos azules como el mismo océano. Lloro como el que crio a un muchacho. Lloro como aquel que alguna vez escuchó de la garganta de un niño un: *“¿Qué tal, Monsieur?”*

Ahora tu voz resuena en mi cuerpo, se repite con el ritmo de cada latido.

“¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?”

Ahora, un ahogo líquido.

Ahora silencio.

Ahora el mayordomo me mira, me descubre el llanto. Me sonrío.

Ahora camino siguiendo sus pasos. Ahora recorro una estancia oscura, un pasillo detrás de su figura. Ahora subimos escalones empolvados. Ahora nos detenemos, una luz blanca, una cortina apolillada deteniendo el brillo del cristal.

Ahora el mayordomo retira la tela.

Ahora señala hacia el cristal, hacia abajo, con una sonrisa.

Ahora dirijo mi mirada.

Ahora veo las paredes ensangrentadas, los individuos extasiados, el reguero de vísceras, las sonrisas escarlatas. *¡Las risas! ¡Oh, Dios mío! ¡Sus risas!*

Ahora mis ojos abiertos en el centro de la habitación distinguen una sola figura, blanquecina, bañada en la poca luz.

Un tórax despedazado con dos costillas que alguna vez sanaron de una fractura.